

La “revolución educativa” y la tiranía teórica

Por Ventura Fontán

Sistema escolar y objetivos utópicos

El sistema escolar propone y exige a los educadores unos objetivos didácticos muy ambiciosos, pero no les proporciona las herramientas o instrumentos necesarios para alcanzarlos.

Es muy fácil hacer listas de ideales nobles y de objetivos ambiciosos. Basta para ello con usar la imaginación y dar rienda suelta a los buenos deseos. Pero si queremos lograr resultados educativos reales, no basta con desear. Hay que empezar por los ideales, desde luego, por el deseo y el proyecto. Sin embargo, los ideales deben ser alcanzables, no utópicos, y lo decisivo es proporcionar las herramientas.

La planificación educativa es un ejemplo deplorable de irrealismo, de “pensar con el deseo”: un mero sofisma de ilusión, un prometer sin intención ni posibilidad de dar, una promesa vacía. Pero el prometer sin entregar acarrea la decepción y el resentimiento, y por eso muy peligroso en el terreno político.

Veamos un ejemplo de esta clase de planificación utópica, sin herramientas. El Ministerio de Educación ha publicado hace poco un documento titulado Evaluemos integralmente a nuestros alumnos (cartilla 29 del diario “El Mundo”, titulada Hacia la Renovación de la escuela, página 13). Allí aparece una lista de 54 “Logros para el grado Quinto de Primaria”. Recordando muy bien que los niños de Quinto de

Primaria tienen unos 11 o 12 años, analicemos la probabilidad de alcanzar realmente algunos de esos “logros”:

1. ¿Lee comprensivamente todo tipo de textos...?

COMENTARIO. En Estados Unidos, con una gran inversión de capital social por alumno, un 13% de los estudiantes de 17 años (grado 12) son analfabetos funcionales.

7. ¿...es capaz de manejar la lógica, la estadística y la combinatoria, aplicándolas para representar datos en las diferentes áreas de acuerdo con sus experiencias?

COMENTARIO. Según las investigaciones de Piaget, un niño de 11 o 12 años no está aún dotado para la actividad lógica. Por ejemplo, no distingue entre la verdad material y la verdad formal de un razonamiento.

12. ¿Está capacitado para crear cualquier tipo de comunicación, bien sea cotidiana, literaria o artística, con sentido crítico, analítico y apreciativo, de acuerdo con su edad?

COMENTARIO. Una persona adulta muy educada, un verdadero intelectual, puede crear, quizá, algún tipo de comunicación así. Pero la experiencia no nos muestra ningún ejemplo de personas que puedan crear “cualquier tipo” de comunicación de ese nivel. ¿Lo logrará un niño de 11 años, “de acuerdo con su edad”?

15. ¿Se comunica en forma escrita de manera correcta con letra legible, con ortografía y con orden en el tratamiento de cualquier tema?

COMENTARIO. Según los directivos universitarios (en todo el mundo), pocos son los estudiantes universitarios que lo logran. ¿Lo logrará un niño de quinto grado?

18. ¿Analiza críticamente programas de radio y televisión e informaciones de prensa?

COMENTARIO. Para lograrlo, el niño de 11 debería tener la formación de un crítico profesional.

22. ¿Sus actividades y comportamiento reflejan la adquisición de valores éticos y morales que le permiten vivir armónicamente dentro de un contexto social?

COMENTARIO. ¿Cuántos adultos logramos eso?

37. ¿Valora y utiliza con actitud crítica los medios de comunicación masiva?

COMENTARIO. Este es el nivel de un profesional de la comunicación. Si este objetivo se pudiera lograr en un niño de once años, ¿para qué controlar la programación de televisión o persistir en la formación -necesaria- de unos muchachos tan avispados?

39. ¿Tiene un concepto claro sobre lo que es democracia?

COMENTARIO. ¿Existe ya un consenso universal sobre lo que en realidad es la democracia?

52. ¿Tiene habilidad para el cálculo numérico oral y escrito, para estimar los resultados y, puede decir cuál es la raíz cuadrada aproximada de un número menor o igual que 1000?

COMENTARIO. Una “habilidad” es una característica excepcional. ¿Podemos prescribirla para todos?

53. ¿Plantea, analiza, resuelve y formula problemas de la vida diaria en los cuales aplique los algoritmos de las operaciones (estudiadas) entre números naturales, fraccionarios y decimales?

COMENTARIO. Casi todos esos “logros” son de un nivel muy alto, difíciles de lograr para cualquiera. Muchos adultos educados no alcanzan muchos de esos objetivos, y el que los alcanzara todos (los 54) sería una feliz combinación de Einstein, Bolívar, Jesucristo y McLuhan: una figura señera en la cultura humana. Algunos de ellos son, simplemente, imposibles. Y globalmente ese conjunto de objetivos es utópico alejado por completo de la realidad educativa, de las posibilidades prácticas de acción del maestro.

I. Ideales y herramientas, fines y medios

Para hacer un trabajo educativo de verdad no basta con fijarle a un maestro unos ideales, y exigirle que los alcance como pueda. Además, hay que poner en sus manos las herramientas necesarias para alcanzarlos. En la vida práctica, la pregunta significativa no es el ¿qué?, sino el ¿cómo? el ¿con qué?

Hace millones de años, un proto-homínido cogió por primera vez un palo puntudo y desenterró con él un tubérculo. Su palo fue la primera herramienta, y con ella pudo alcanzar el primer logro “tecnológico” de la humanidad. Toda la historia de la cultura es la historia del progreso producido por la introducción de herramientas. El progreso tecnológico, en cualquier área (agricultura, industria, transporte, medicina, etc.) depende de la existencia de instrumentos o herramientas adecuados. Sin medios no hay fines, podríamos decir, por muy deseables que esos fines sean. Y la existencia del fin no produce, mágicamente, los medios. Parafraseando toscamente a Maquiavelo, en un burdo intento de chiste, podríamos decir que el fin no fabrica los medios.

El sistema educativo tradicional no tiene base científica (aunque utilice expresiones como “Ciencias de la Educación”). La educación está aún en una etapa precientífica, como estaba la medicina en el siglo XVII. Por lo tanto, el sistema no dispone de una verdadera tecnología científica que pueda producir herramientas educativas eficaces, adecuadas al complejo trabajo del maestro

actual. Al no producirlas, no se las ha podido dar. Y esa es la injusticia básica de la sociedad con el maestro, porque el que exige el fin tiene la responsabilidad de proporcionar los medios.

A. Papel y tinta

Hace 5.000 años la sociedad le dio al maestro la tableta de arcilla, y luego la de cera. En el siglo VI la sociedad le dio equivalente actual: el papel y la tinta. En el siglo XIX, cuando el papel se abarató, los estudiantes ya pudieron tomar notas en clase, llenar un cuaderno.

En la transmisión de conocimientos “apuntar” es más eficiente que “oír”, pero la práctica extensiva de los apuntes tuvo una consecuencia didáctica nefasta: estableció e institucionalizó la “clase magistral”, la clase ex cátedra, la clase dictada, en la que el maestro habla (a veces, literalmente, dictando, palabra por palabra) y el alumno copia en un papel. Así brotó en la educación la plaga de la “cuadernitis”, que convierte al alumno en una especie de grabadora primitiva, en un ser innatural e inhumano que registra mecánicamente lo oído, sin necesidad de procesarlo en la mente. Un proceso plagado de errores de “transcripción”; un generador de aburrimiento y aversión para generaciones incontables de estudiantes.

B. Tablero y tiza

En el siglo XIII, hace ya 700 años, la sociedad le dio al maestro el tablero y la tiza que todavía presiden nuestras aulas. Esta doble “herramienta” tenía dos ventajas prácticas: era económica, y permitía emitir información visual a muchos estudiantes en forma simultánea. Con su palabra hablada y con esta primitiva “ayuda audiovisual”, el maestro podía ahora enseñar a mostrar o exponer cualquier cosa.

Sin embargo, el tablero reforzó el concepto de “enseñanza” en el sentido literal de enseñar, de mostrar. Se entiende que al “enseñar” el maestro exhibe el conocimiento acabado en el tablero, y los alumnos lo reciben o copian en su mente con toda fidelidad. Esto cuadraba muy bien con la noción escolástica de la mente como un papel en blanco (tabula rasa) en el que el maestro escribe (“Enseñar” viene del signare in. O sea que significa “firmar en”). Así se arraigó para siempre en el sistema escolar la “clase” expositiva, mostrativa, en la que la eficiencia de transmisión de conocimientos es increíblemente baja, y el interés del alumno casi cero. (Adiós, Sócrates.)

Y así se grabó en nuestras mentes la perniciosa creencia (contraria a todo lo que sabemos sobre el aprendizaje animal y humano) de que si una cosa no es enseñada no puede ser aprendida. Esta creencia (que se transparenta en la expresión “enseñanza-aprendizaje”, tan usada dentro del sistema escolar) escolarizó la sociedad, como señala con acierto Iván Illich.

Pero en una sociedad escolarizada el alumno estudia por obligación, y con sacrificio (de acuerdo con el principio de que “la letra con sangre entra”). En esa situación el placer intelectual es imposible. Por eso el sistema escolar es completamente inadecuado para la educación masiva. Las masas no harán lo que no les agrada hacer; no aprenderán si no gozan aprendiendo. Dentro del sistema escolar, que no puede brindar ese placer, la tan ansiada “educación universal” será siempre un sueño de la Humanidad.

C. El libro impreso

En el siglo XV, Gutenberg le ofreció al sistema escolar el libro impreso. Eso sí era una herramienta educativa verdaderamente prometedora. Con un buen libro, los mejores maestros de la humanidad se ponen gustosos a nuestro servicio. En

comparación con la clase dictada, un libro es capaz de producir mucho más interés, eficiencia didáctica, calidad intelectual, profundidad, etc.

Si el estudiante sabe realmente leer, el libro le permite la autodidaxis, que es la manera natural de aprender. Porque en la naturaleza todo aprendizaje es autodidaxis: actividad exploratoria sobre una base genética, un “amaestramiento del instinto”, como dice Konrad Lorenz.

Por eso el libro realmente autodidáctico constituye la herramienta perfecta para lograr el conocimiento profundo, la libertad ante los indocinadores que nos acechan desde la sombra del fanatismo, la autonomía intelectual, la educación independiente por toda la vida y los gozos insuperables del espíritu. Las grandes mentes de la humanidad, nos dice Baldomero Sanín Cano, han sido siempre autodidactas. ¿Quién le enseñó realmente a Newton?

Sin embargo, y por diversas razones, la promesa del libro como herramienta didáctica se malogró. El autor corriente de libros de texto no escribe para enseñar a los estudiantes (si es que eso de “enseñar” es posible, lo cual es técnicamente dudoso): escribe para descrestar a sus colegas, que son los que deciden la compra del libro para un público cautivo de estudiantes. El sistema escolar no le ha dado al estudiante un libro que él entienda por sí mismo, un libro interesante y autónomo, sino un libro aburridor, oscuro, ilegible, un libro para macear, para empollar, para aprenderse de memoria para el examen, no para entenderlo. Un libro que el maestro le tiene que traducir al lenguaje oral (que es el único que entiende bien la mayoría de los estudiantes).

Y decimos eso porque, además, el sistema tradicional no le enseña al niño a leer, realmente. Por lo menos, no le enseña a leer bien, pensando, entendiendo, inteligentemente. “Inteligencia” viene de intus y de legere: es un “leer dentro”. En lectura de verdad (aparte del ma-me-mi-mo-mu) lo que sabemos no nos lo ha enseñado la escuela, dice Iván Illich: lo hemos aprendido por cuenta propia, a lo

largo de nuestra deliciosa experiencia con el lenguaje escrito, leyendo a escondidas a Buffalo Bill, a Julio Verne, o a Immanuel Kant. En consecuencia, la escuela mundial se ha convertido –como denuncian hoy los educadores franceses de secundaria– en una gran fábrica de analfabetos funcionales.

Con libros ilegibles para lectores analfabetos, el resultado didáctico del libro de texto es prácticamente cero. Tanto es así que en muchos colegios “ricos” se compran libros de texto y luego se arrinconan. Lo único que queda de la promesa de Gutenberg es el llamado “libro del maestro” (a veces secreto). Nathan Pusey, presidente de la universidad de Harvard, decía cínicamente que la enseñanza es el proceso en virtud del cual el conocimiento fluye desde el libro del maestro hasta el cuaderno del alumno, sin pasar por la mente de ninguno de los dos.

D. “Ayudas didácticas”

En el siglo XIX le dimos al maestro el mapa geográfico y la lámina “de Ciencias” que cuelgan del muro, el modelo anatómico y hasta el laboratorio de Química. En el XX le hemos dado el proyector, la grabadora, el televisor, y hasta el computador.

Todos esos instrumentos son en sí ayudas eficaces, a veces excelentes. El problema es que hay pocos (sólo para colegios o países “ricos”). Y cuando los hay se usan muy poco, porque el pensum apremia, y la clase dictada se lleva la parte del león. El proyector se cubre de polvo en el depósito, y el costoso laboratorio de Química permanece cerrado casi todo el año.

Y cuando se usan esas ayudas, sigue siendo el maestro el que señala el Japón en el mapa, y el que muestra en alto el tubo de ensayo humeante. Con eso el maestro aprende, desde luego, aprendemos mucho. De modo que esas “ayudas didácticas” son casi siempre unas simples amplificadoras y sustentadoras de la instrucción mostrativa, embelecadoras de la dominación magistral, perpetuadoras –como diría un buen demagogo– de un sistema educativo caduco.

E. Hablar es viejo. Escribir es joven

¿Desde cuándo hablamos? Toma un cráneo de *Homo habilis* (de hace 2 millones de años). Examina su superficie interior. Ahí encuentras un hoyito. Una leve depresión. A ella corresponde, en nuestro cerebro vivo actual, un abultamiento llamado “área Broca”. El área de Broca (tercera convolución del lóbulo frontal izquierdo) controla el lenguaje hablado (músculos de lengua, faringe, etc.) De ahí se puede inferir que hablamos desde hace varios millones de años. Aunque quizá no como ahora, en forma de lenguaje conceptual, representativo, verbal.

El lenguaje oral ha sido un “invención” más de la naturaleza: un producto de la evolución. Un nuevo recurso para mejorar las posibilidades de supervivencia de una especie. En el cerebro de los primates superiores (que tienen un complejo “lenguaje emocional, pero no son capaces de aprender unas poquitas palabras humanas) ya hay rudimentos del centro de Broca. Los chimpancés y los gorilas no “hablan”, pero son capaces de aprender el lenguaje gestual de los sordomudos. ¿Están en el camino evolutivo hacia un lenguaje verbal?

¿Desde cuándo leemos y escribimos? No desde hace millones de años, desde luego. Sólo leemos y escribimos desde hace unos 5.000. Y eso no en toda la tierra, sino apenas en algunas zonas “avanzadas”, desde las que ese arte se difundió lentamente.

F. Naturaleza y cultura en el lenguaje oral

El gran “invento” evolutivo del lenguaje oral permitió la tradición, el flujo de conocimientos de una generación a otra. Gracias al lenguaje oral, ya no era necesario reaprender todo en cada generación. El lenguaje oral tuvo una gran utilidad biológica: fue un gran invento evolutivo, un importante factor de supervivencia del género humano. En nuestra evolución, el lenguaje oral permitió – y a la vez exigió – el crecimiento del cerebro desde 700 hasta 1400 cm³ (un

crecimiento rapidísimo en términos evolutivos). Este crecimiento cerebral permitió un lenguaje oral cada vez más complejo y fino, hasta llegar al nivel de la abstracción conceptual. A la vez, la necesidad de disponer de una capacidad de abstracción superior a la “del vecino” estimuló la evolución de un cerebro mejor todavía. Un mejor lenguaje oral produjo una mejor cooperación grupal (por ejemplo, para planear y ejecutar una cacería), y la necesidad de una cooperación grupal mejor que la del vecino estimuló a su vez el crecimiento cerebral y de lenguaje oral.

Eso muestra que el desarrollo del lenguaje hablado tiene una base natural, biológica, cerebral. Lo “cultural” juega en él un papel secundario. En esos largos millones de años, la naturaleza tuvo tiempo de desarrollar todos los mecanismos filogenéticos necesarios para el lenguaje oral. Por eso hacemos con las estructuras mentales necesarias para hablar (elemento innato). Nuestra cultura (chibcha, esquimal, española, etc.) se limita a proporcionarnos la materia prima: los sonidos o palabras que se usan en nuestra región.

La naturaleza y la cultura se ponen de acuerdo, misteriosamente, para que aprendamos a hablar. Por eso no hace falta que nadie nos enseñe a hablar. Ni siquiera nuestros padres: el aprendizaje más rápido y preciso de nuestra vida lo hacemos todos sin escuela y sin clases. Basta con que oigamos los sonidos que hacemos todos sin escuela y sin clases. Basta con que oigamos que emite nuestra gente y nosotros hacemos el resto en forma autónoma. Esto da origen a una gran cantidad de lenguajes en todo el mundo, concomitantes con una gran cantidad de culturas orales, pre-escritas (por ejemplo, la cultura caribe y la cultura esquimal, etc.)

G. Nace la cultura escrita

Hace unos 5.000 años se inventa la escritura. Comenzamos entonces a escribir y a leer. El lenguaje escrito tiene pues una historia muy breve, muy reciente (quizá 1/1000 de la historia del lenguaje hablado).

Surgen entonces las grandes culturas escritas (sumeria, egipcia, hindú, china, griega, etc.). Nace la civilización: la ciudad, el estado, la historia, el pensamiento lógico, la filosofía. Ya no hace falta que una persona recuerde y transmita lo que otros aprendieron antes. Lo aprendido queda escrito para siempre, y cualquiera puede “tomarlo” por su cuenta, por su propia iniciativa, en forma autónoma.

Tomando como base la cultura griega, nace en Europa, hace unos 500 años, la llamada “cultura Occidente”. No una cultura “antropológica”, definida por costumbres, vestidos, tradiciones, canciones, artesanías, etc., sino una cultura intelectual, racional, definida por su filosofía, por la ciencia, por un arte “universal”. Quizá podríamos llamarla una “supercultura”. Esa cultura de Occidente produce una revolución científica (en los siglos XVI a XVIII)) y luego una revolución tecnológica (siglos XIX y XX). Esa es nuestra cultura, la que tenemos que “enseñar”.

H. La cultura: ¿cómo aprenderla?

Un esquimal, o un indio Cuna, nacen y viven sumergidos en su cultura esquimal o Cuna. La aprenden sin esfuerzo, y sin escuelas. La aman y la respetan, y se identifican con ella.

Sin embargo, la mayor parte de la población de los países llamados “de Occidente” (y una buena parte de la gente llamada “culto”) vive fuera de su cultura. Aprovechan sus frutos tecnológicos (el carro, el televisor, la penicilina), pero no conocen ni aman su esencia racional. Más bien la odian y hasta la temen (ideofobia).

Culpable: el sistema educativo tradicional. Este hace énfasis en la enseñanza oral (“habilidades de habla y escucha”), pero esto es innecesario, porque ya existen mecanismos naturales sumamente eficaces para aprender a hablar. Nadie le enseña a un niño a hablar, y sin embargo aprende a hacerlo perfectamente. “Enseñar el lenguaje hablado” es así como enseñar a caminar, o a respirar. La naturaleza pone los fundamentos neurológicos y la cultura pone los materiales necesarios (sonidos, palabras). La sociedad proporciona todo el entrenamiento necesario. El resultado es que un analfabeto puede hablar un lenguaje oral magnífico, complejo y expresivo.

El sistema escolar pone a la gente en “clases” (o grupo de enseñanza oral), sumamente ineficaces y aburridoras, en los que “el maestro” habla y el alumno escucha (P. Lebret). ¿Por qué lo hace así, en forma oral?

Una teoría interesante es ésta: la Escuela tuvo por origen la necesidad de inculcar a la gente. La sociedad tribal tiene que conseguir que el individuo se identifique con su grupo tribal y quede así dispuesto a reproducir la sociedad de que proviene y –sobre todo- a sacrificarse por ella., a ser su “carne de cañón”. “La batalla de Sadowa”, dice Peschel, “la ganó el maestro de escuela prusiano”.

¿Cómo consigue ese doble fin? Por medio de la escuela. La Escuela dicta clases, y le dicta a la gente cómo tiene que pensar. La Escuela es dictatorial, totalitaria: se apodera totalmente del alumno y monopoliza su educación. Se ocupa de su deporte, de su religión, de su arte, de sus “asignaturas”, de sus maneras, de todo. En esa situación, lo inculca implacablemente, con el fanatismo del único poseedor de la verdad. Desde luego, la escuela no nació del deseo de poner a la gente a pensar por su cuenta (esto es un invento muy reciente). Por eso insiste en lo oral, excelente para transmitir emociones (patriotismo, fanatismo, entusiasmo, fidelidad, etc.) pero muy malo para transmitir ideas, y para pensar en forma racional y objetiva. El sistema escolar desconoce que nuestra cultura de Occidente es una cultura escrita: el inesperable y fantástico resultado de una mutación

cultural: el invento de unas marcas, en forma de cuña, en una tableta de arcilla blanda.

Lo que nuestros estudiantes tienen que aprender, pues, es la cultura escrita, nuestra cultura, la cultura de Occidente. Es una tarea difícil, porque nuestra super cultura es mil veces más compleja que una cultura tribal, oral, local. Es una cultura universal, llena de matices, que incluye la capacidad de explorar el mundo respetando el principio de objetividad, sin explicar lo desconocido por medio de mitos.

Aprender eso es difícil, pero eso es lo que han hecho “los pocos sabios que en el mundo han sido”. Una aristocracia intelectual aprende y crea, día tras día, esa cultura universal. Esa “aristocracia” aprende gozando, y goza creando. A ella pertenecen Sócrates y Arquímedes, Shakespeare y Einstein, y sin embargo no es una aristocracia exclusiva, una élite de “genios”. El cerebro humano es el asombro del universo, y cualquier persona puede entrar en ella, y gozar como ella... si le damos la oportunidad.

En educación, no tenemos que masificar a la aristocracia (como ahora pretendemos), sino aristocratizar a las masas. No hay que bajar a los de arriba, sino subir a los de abajo. La soñada “instrucción masiva” la “educación del pueblo” sólo será posible cuando se aplique esa idea. Las masas nunca se van a resignar con falsificaciones de la cultura, con simplificaciones para bobos, con esas migajas premascadas de conocimiento que por lo general ahora les echamos en las escuelas.

Nuestro sistema tiene por objetivo transmitir esa cultura escrita. Y eso es lo que practica nuestro Colegio día a día. Por eso no utilizamos la “carreta” oída, sino la autodidaxis en textos escritos. No hay que aprender a oír y a hablar (ya sabemos hacerlo), sino a leer y a escribir nuestra cultura. Uno no va a la Universidad a que “le dicten clases de derecho”, por ejemplo, sino a “leer Derecho” (y esta deliciosa expresión se usa todavía en algunas universidades europeas).

I. Cultura escrita y autodidaxis

En el aula se pretende que la gente aprenda – hablando, dictando clase– nuestra cultura. Sin embargo, la cultura escrita, la cultura de Occidente, la cultura de leer y escribir no se puede aprender en un aula, hablando y oyendo. Eso sería como aprender a nadar caminando. Nuestra cultura sólo se puede aprender leyendo y escribiendo.

Al mismo tiempo, nuestra cultura no se puede aprender recibiendo. Sólo se puede aprender actuando: por medio de un vigoroso y delicioso esfuerzo individual, autónomo, por iniciativa propia, en un gozoso trabajo de búsqueda y captura, de preguntas inquietantes y de hallazgos emocionantes. Trabajando igual que Arquímedes o que Sócrates.